Un cambio radical

—Muy bien —dijo el hombre—. ¿Qué me dices?

—No —dijo la chica—. No puedo.

—Más bien no quieres.

—No puedo —dijo la chica—. Eso es todo.

—Lo que significa que no quieres.

—Muy bien —dijo la chica—. Como quieras.

—Nada de como quieras. Ojalá fuera como yo quiero.

—Durante mucho tiempo lo ha sido —dijo la chica.

Era temprano, y en el café no había más que el camarero y estas dos personas sentadas a una mesa del rincón. Era final de verano y los dos estaban bronceados, así que en París parecían fuera de lugar. La chica llevaba un vestido de tweed, tenía la piel lisa, dorada del sol, el cabello era rubio y lo llevaba corto, y le crecía dejándole una frente ancha y bonita. El hombre la miró.

—La mataré —dijo.

—Por favor, no —dijo la chica. Tenía unas manos muy delicadas y el hombre las miró. Eran delgadas, bronceadas y muy hermosas.

—La mataré. Te juro por Dios que la mataré.

—Eso no te haría feliz.

—¿Es que no te podías haber metido en otra cosa? ¿No podías haberte metido en algún otro lío?

—Parece que no —dijo la chica—. ¿Qué piensas hacer?

—Ya te lo he dicho.

—No; hablo en serio.

—No lo sé —dijo él.

Ella lo miró y le acercó la mano.

—Pobre Phil —dijo. Él miró las manos de la chica, pero no las tocó.

—No, gracias —dijo él.

—¿Serviría de algo decir que lo siento?

—No.

—Ni contarte cómo fue.

—Preferiría no oírlo.

—Te quiero mucho.

—Sí, esto lo demuestra.

—Siento que no me entiendas —dijo ella.

—Lo entiendo. Ese es el problema. Que lo entiendo.

—Lo entiendes —dijo ella—. Y eso, claro, hace que sea aún peor.

—Desde luego —dijo él, mirándola—. Lo entenderé siempre. Día y noche. Sobre todo por la noche. Lo entenderé. No tienes que preocuparte por eso.

—Lo siento —dijo ella.

—Si hubiera sido un hombre…

—No digas eso. No habría podido ser un hombre. Lo sabes. ¿No confías en mí?

—Eso sí que es gracioso —dijo él—. Confiar en ti. Eso sí que es gracioso.

—Lo siento —dijo ella—. Parece que no diga otra cosa. Pero si nos comprendemos mutuamente, de nada sirve fingir lo contrario.

—No —dijo él—. Supongo que no.

—Volveré si quieres.

—No. No quiero.

Estuvieron un rato sin decir nada.

—Cuando te digo que te quiero no me crees, ¿verdad? —preguntó la muchacha.

—No digamos chorradas —dijo el hombre.

—¿De verdad no crees que te quiero?

—¿Por qué no lo demuestras?

—Antes no eras así. Nunca me pediste que te demostrara nada. No es muy amable de tu parte.

—Eres una chica divertida.

—Pues tú no eres nada divertido. Eres un buen hombre y me rompe el corazón irme y dejarte…

—Pero claro, tienes que hacerlo.

—Sí —dijo ella—. Tengo que hacerlo y lo sabes.

Él no dijo nada y ella lo miró y volvió a acercarle la mano. El camarero se encontraba en la otra punta del bar. Tenía la cara blanca, y la chaqueta también. Conocía a esos dos y los consideraba una pareja joven y guapa. Había visto romper a muchas parejas jóvenes y guapas y formarse nuevas parejas que no seguían siendo guapas durante mucho tiempo. El camarero no pensaba en eso, sino en un caballo. Dentro de media hora podría enviar a alguien al otro lado de la calle para averiguar si el caballo había ganado.

—¿No podrías ser bueno y dejarme marchar? —preguntó la chica.

—¿Qué crees que voy a hacer?

Dos personas entraron por la puerta y se sentaron a la barra.

—Sí, señor. —El camarero anotó los pedidos.

—¿Es que no puedes perdonarme, cuando sepas cómo fue? —preguntó la chica.

—No.

—¿No crees que todo lo que hemos compartido y hecho juntos debería hacerte más comprensivo?

—«El vicio es un monstruo de terrible semblante» —dijo amargamente el joven— que para ser una cosa u otra necesita ser visto. Entonces no sé qué, no sé cuántos, y luego lo abrazamos. —Ya no se acordaba de las palabras—. Soy incapaz de acabar una cita —dijo.

—No digamos vicio —dijo ella—. No es una palabra muy amable.

—Perversión.

—James —dijo uno de los clientes dirigiéndose al camarero—, tienes muy buen aspecto.

—Usted también tiene muy buen aspecto —dijo el camarero.

—El viejo James —dijo el otro cliente—. Estás más gordo, James.

—Es terrible —dijo el camarero— lo rápido que aumento de peso.

—Que no se te olvide añadir el coñac, James —dijo el primer cliente.

—No, señor —dijo el camarero—. Confíe en mí.

Los dos hombres que estaban en la barra echaron un vistazo a la pareja que estaba en la mesa, a continuación volvieron a mirar al camarero. La dirección cómoda era mirar hacia el camarero.

—Preferiría que no utilizaras esas palabras —dijo la chica—. No hay necesidad de pronunciar una palabra así.

—¿Cómo quieres que lo llame?

—No tienes por qué llamarlo de ninguna manera. No tienes por qué ponerle ningún nombre.

—Ese es el nombre que tiene.

—No —dijo ella—. Estamos hechos de muchas cosas distintas. Ya lo sabes. Tú mismo lo has dicho muchas veces.

—No tienes por qué volver a repetirlo.

—Porque eso hace que lo entiendas.

—Está bien —dijo él—. Está bien.

—Está mal, es lo que quieres decir. Lo sé. Todo está mal. Pero volveré. Te he dicho que volvería. No tardaré en volver.

—No, no volverás.

—Volveré.

—No, no volverás. Conmigo no.

—Ya lo verás.

—Sí —dijo él—. Eso es lo peor de todo. Que probablemente lo harás.

—Claro que lo haré.

—Adelante, pues.

—¿De verdad? —La chica no se lo podía creer, pero parecía feliz.

—Adelante. —A él su propia voz le sonó extraña. La estaba mirando, la manera en que movía la boca y la curva de los pómulos, sus ojos y la manera en que el pelo le crecía lejos de la frente y al borde de las orejas y en el cuello.

—No. Oh, eres demasiado bueno —dijo ella—. Eres demasiado bueno conmigo.

—Y cuando vuelvas me lo cuentas todo. —La voz de él sonaba muy rara. Él mismo no la reconocía. Ella lo miró rápidamente. Él estaba tomando una decisión.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó ella en tono serio.

—Sí —dijo él en tono serio—. Ahora mismo. —Su voz no era la misma, y tenía la boca muy seca—. Inmediatamente —dijo.

Ella se puso en pie y se alejó deprisa. No volvió la vista atrás. Él

la observó marcharse. No tenía el mismo aspecto que antes de decirle que se fuera. El joven se levantó de la mesa, recogió los dos tíquets y se dirigió a la barra.

—Soy un hombre distinto, James —le dijo al camarero—. Estás viendo en mí a un hombre distinto.

—¿Sí, señor? —dijo James.

—El vicio —dijo el joven bronceado— es una cosa muy extraña, James. —Miró hacia la puerta. La vio bajar la calle. Cuando se miró en el espejo, vio a un hombre de aspecto realmente cambiado. Los otros dos que estaban en la barra se movieron para hacerle sitio.

—Tiene razón, señor —dijo James.

Los otros dos se apartaron un poco más, para que estuviera cómodo. El joven se vio en el espejo que había detrás de la barra.

—Te dije que era un hombre distinto, James —dijo. Al mirarse al espejo, vio que era totalmente cierto.

—Tiene muy buen aspecto, señor —dijo James—. Debe de haber pasado muy buen verano.